

Tinta electrónica

Adrián Zuno



Image not found.

Capítulo 1

Tuve la fortuna de estar en el momento equivocado, en el sitio equivocado y lo suscitado aquella gélida tarde de enero ha traído un cambio tan radical, que, ni en mis más bizarros sueños hubiera concebido.

Fue como el quinto o sexto día más largo de mi vida, en un principio no resultaba nada fuera de lo común. Un desayuno americano, ver el noticiero, leer un libro; esos eran algunos de mis tan reiterados comportamientos en días de asueto.

Pero una llamada quebrantó toda armonía, mi antigua amiga de secundaria: Minerva, regresaba después de tres años. Deseé preguntarle algunas cosas pero tan pronto alcé la bocina: - Matías, voy rumbo al aeropuerto, te espero a cenar en casa de mis padres. Intenté articular palabra pero sucumbí ante la adrenalina de verle nuevamente, en ello colgó.

Siempre mencionó su fascinación por los griegos y tras unos años de austeridad se hizo de un financiamiento que le catapultó al otro lado del charco.

Ante la noticia y sin perder tiempo, encendí el ordenador buscando un mail o algo que me informara de manera más precisa sobre su llegada, quería anticiparme con la sorpresa de abordarle en el Aeropuerto. Tras unos clicks, los horarios de arribo se posicionaron en la pantalla: 19:50 «*Horario sujeto a modificaciones»...

Tomé las llaves del coche, me ceñí el saco y sin dar paso a más me dirigí al aeropuerto...

Nunca creí que aquel sería mi último viaje al volante, mientras tomaba la curva escuché un pequeño estallido, estos proliferaron en segundos, aceleré intentando encontrar al emisor pero para cuando pude ver de qué se trataba... Una bala se incrustó en mi cráneo.

Aún recuerdo el abrazo de la bala y como su calor penetrante me robó el aliento...

Me gustaría entender un poco más de lo que sucedió aquel día, pero mi último recuerdo no lo permite: una bolsa de aire asfixiándome no me dice nada. Papá dice que me estrellé contra el muro de contención y mis piernas quedaron prensadas entre el tablero y la puerta, "un milagro que sigas aquí" menciona cada día antes de persignarse y mirar al cielo en señal de agradecimiento.

A pesar de esto, nada logró salvarme. Mi cuerpo ha permanecido marcado hasta este día. La primera ocasión en que pude ver tras el accidente fue uno de los momentos más aterradores de mi vida...

La intensa luz del cubículo contraía mis pupilas al máximo, no distinguí forma alguna por un momento, de mi lado derecho escuchaba algunas voces pero no eran tan claras como para distinguirles, resultaban más bien balbuceos. Lentamente mi vista se fue aclarando. En ese momento alguien se acercó corriendo, pude escuchar sus pasos deslizándose por el suelo.

- ¡Matías! has despertado. ¿Qué tal te sientes?- dijo papá con una voz que parecía cuartearse a cada sílaba,-¿Matías? ¿Qué tal te sientes?- preguntó una vez más mientras se postraba frente a mí. Intenté responderle, pero sólo emití un hueco sonido gutural que no decía nada. Volví a probar, pero a diferencia de mi primer intento, no escuche nada.

Confundido ante mi incapacidad de palabra quise sentarme, moverme, hacer algo...nada funcionó. Lo único operante eran mis ojos. Ante la ansiedad de no poder hacer nada comencé a agitarme, mi diafragma comenzaba a trabajar sin sosiego, el aire se colaba por mi nariz y salía por mi boca a gran velocidad. Mire de izquierda a derecha, de arriba a abajo en búsqueda de algo que maniatara mi inquietud, en su lugar un molesto timbre comenzó a ulular.

- ¡Matí!...-papá profirió un grito ahogado que se alejaba...

Instantáneamente unos fantasmas blancos me flanquearon, el mayor de ellos alzó su brazo dejando ver un pico afilado, estrepitosamente lo clavó en mi brazo, vaciando un líquido denso que me sumergió en un sueño profundo, del que creí no iba a despertar.

Recuperé el conocimiento días después, me encontraba sentado frente a una cama, de momento reconocí ese lugar, era mi habitación. Allí estaban los posters de fútbol, el globo terráqueo y la fotografía del amor de mi vida: Sofía había sido durante cuatro años mi novia, y pensar que cuando ella apenas tenía catorce y yo dieciocho nos aventuramos en este viaje. Sentía la necesidad de verla, pero tras las revelaciones que se dieron meses más tarde me arrepiento de todo momento en que me preocupé por ella...

Observaba (que era lo único que podía hacer) a través de la ventana el bello paisaje que brindaba la rivera Hobs, con sus enormes cerezos y los botes surcando las aguas. En dicho momento alguien llamó a la puerta, acto seguido esta se abrió dejando ver a Sofía entrando a toda prisa. Apenas levantó la mirada, se asustó y comenzó a sollozar, mi cuerpo paralizado acomodado en una silla de ruedas no resultaba una imagen grata para nadie. Dio media vuelta y salió corriendo.

No volví a verla en varios meses, para entonces papá me había explicado todo lo que sabía. El accidente, mi afección, porque Sofía estaba tan distante, simplemente todo. Ignorando mi condición creo que los momentos en los que hablaba se convirtieron en una forma de unión, me narraba sus aventuras juveniles o hasta sus temores más grandes y cuando lo hacía un inmenso deseo de responderle me presionaba el abdomen cada vez que preguntaba algo.

El problema era mi incapacidad, la inexistente respuesta le obligaba cada noche a decir:

- No sé porque te cuento esto, quizá no puedas escucharme, pero tengo fe en que sigues ahí dentro...

Con el tiempo llegó el día de mi cumpleaños, algo me levantó muy temprano en aquel 18 de Junio. Papá atravesaba el umbral de la puerta con un pastel entre sus manos y un picudo sombrero en la cabeza.

Dejó el pastel sobre la cama para ponerme un sombrero como el suyo, posteriormente me abrazó y susurró.

- Que bello es tenerte otro año a mi lado,-se separó de mí, apagó las velas y me hizo probar un poco de pastel.

A lo largo del día varios de mis amigos, me visitaron. A pesar de mi silencio y mi invariable semblante , bromearon, jugaron y aunque no lograban darse cuenta, yo reía con ellos.

"La risa más que un gesto, es una sensación de alegría" razoné en aquel momento en que un torrente de emociones me invadía por completo.

Ya en la tarde, cerca del ocaso más familiares y amigos me hicieron compañía. Pero hacía falta alguien, no había ni rastro de Sofía. Aquello me mantenía intranquilo y afligido, triste y preocupado.

Entonces escuché su nombre en voz de Alexa que hasta donde recuerdo era su mejor amiga.

-Sofía no vendrá-dijo rápidamente,-ha tenido un imprevisto.

Fijé mi mirada en ella, esperando que me dijera algo más. En tanto ella con la mano se apretó la frente y negó algunas veces.

- No sé si me escuches, pero no puedo seguir siendo parte de esto, prefiero decirlo aunque no lo entiendas- hizo una pausa y cerró la puerta.- Sofía te ha engañado, dice que pronto vas a morir. Le he preguntado porque piensa de esa manera, pero siempre me evita. Antes me decía que eras un tonto, que eras aburrido, que no le agradabas, pero cuando estaba contigo era totalmente contraria. Es una hipócrita mejor no podría decirlo.

Conforme Alexa declaraba, un fuerte ardor agobió mi estómago, era como si todo mi ser fuera tragado por el agujero negro que crecía dentro de mí. Años y años de mentiras se agrupaban en mi mente. Los cumplidos, las charlas todo jamás existió. El deseo de llorar era inaguantable, en contraste, sentía como la sangre me hervía de rabia.

Por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta que una lágrima se deslizaba por mi mejilla.

- ¿Estás llorando?- preguntó asombrada por lo que observaba.

Y con todas mis fuerzas y de la manera más extraña e inexplicable le respondí.

-¿Por qué seguir fingiendo...

Capítulo 2 **Para destruir a un hombre no hacen falta las armas, enfócate en aquello que le da sentido a su vida.**

En más de un centenar de ocasiones alguno de nosotros ha despertado a mitad de un sueño y querido saber que sucedería al final, y pasamos todo el día tratando de imaginar lo que pudo ser. Si, los sueños son algo increíble, una serie de ideas y paranoias a las que solo nosotros tenemos acceso. Ahí yacen nuestros anhelos y también se esconden nuestros más profundos temores.

El abuelo solía decirme que los sueños son el alimento del espíritu, uno de esos motores que le asignan sentido a la vida. Quería que cada día despertara con el firme objetivo de ver realizado mis sueños y siempre advertía que aquel día en que los dejara perecer mi vida terminaría.

Bueno, hace tiempo que en este mundo se nos prohíbe soñar, pregúntenmelo a mí. Desde que tengo memoria cada vez que intento dormir los demonios de mi mente se encargan de mantenerme en vigilia. Llegué a creer que Baku no tenía motivos para alimentarse con mis tormentos y por ello me sentenciaba a luchar con aquellos demonios de mi mente. Papá cuenta que hubo muchas ocasiones en que despertaba llorando o gritando descontroladamente como si hubiera visto la cosa más aterradora que pudieran imaginar. Fueron tantos los episodios de desasosiego que le hice sufrir que tomó la decisión de llevarme con el médico.

Desde entonces, antes de dormir, me veo obligado a tomar dos tabletas oblongas que me dejan la boca seca como un arenero y me hinchan el abdomen como

globo de feria. Al día siguiente despierto con algo de jaqueca, pero no puedo quejarme, las pesadillas han desaparecido casi en su totalidad, en su lugar solo me queda un letargo profundo y reparador del cual no recuerdo nada, en absoluto.

Fueron algunos meses los que acepté tomar esa extraña droga, después comencé a extrañar ese mundo de terror y desconcierto. Me había vuelto adicto a la adrenalina de pensar que aventura tendría que vencer cada noche. Descubrí que era lo único que me hacía especial frente a los demás. Yo no iba a la escuela, no jugaba fútbol, no hacía nada especial, solo tenía mis delirios.

Desde que tengo memoria recuerdo a papá decir que la escuela no era para mí, cada ocasión que pasábamos por el colegio me preguntaba qué podrían hacer tantos niños en un solo lugar. Año tras año preparaba mis cosas para intentar convencer a mis padres de era momento para entrar, ellos solo se dedicaban a procrastinar, me compraban algún obsequio y fingían no haberme escuchado.

Con el tiempo descubrí que no era el único niño de la calle que vivía en esa condición; mis vecinos no asistían a la escuela, no salían a la calle. Permanecían en casa tanto como les fuera posible y cuando llegaba cierta edad, abandonaban la consola de videojuegos, se ceñían un traje corriente y se iban de casa en busca de trabajo. Supe que algunos de ellos también tomaban drogas similares y que tras un tiempo de tomarlas no necesitaban seguir con el tratamiento, los sueños desaparecían para siempre.

Desde que supe eso, dejé de tomar la droga, el miedo

que experimenté al saber que podría perder aquello que me hacía especial fue inmenso. Mi padre notó de inmediato el cambio, el frasco que en teoría debía agotarse cada mes seguía lleno, ante ello montó junto a mi madre una especie de vigilancia para asegurarse de que tomara el medicamento. Hice todo lo que pude para evitarlo, escondía las píldoras bajo la lengua y luego las escupía en el váter, vaciaba los frascos cuando ellos estaban distraídos y llegué a provocarme el vómito con tal de que esa despiadada sal no se disolviera en mi sistema.

Mi padre notó todas y cada una de mis tretas y no le quedó mas remedio que moler las píldoras y mezclarlas con mi cena. Aquello volvía mi comida el platillo más repulsivo que puedan imaginar, y no había forma en que pudiera evitar tragarlo. El abuelo que vivía con nosotros sabía lo que pasaba, su agudo oído le mantenía al tanto de todo acontecimiento.

Un día en que mis padres salieron y él se quedó a cargo, llegó la hora de la cena y como siempre, era momento de coger la píldora y engullirla como pudiera. Estaba a punto de hacerlo, cuando él me arrebató el frasco de las manos, giró la tapa y vertió sobre su palma las cápsulas. Las tragó con un poco de agua y me guiño el ojo. A partir de ese instante el abuelo se encargó de tomarse todas las píldoras que llegarán a la casa. Mi padre, fascinado al ver como los frascos se consumían, creyó necesario dejar de mezclar mi comida y agradeció al abuelo que me diera tan grata lección.

Fue ese acontecimiento un parte aguas para que mis padres confiarán mi cuidado al abuelo, de tal forma que cada noche ellos salían mientras el abuelo y ello contemplábamos el televisor. Bueno, eso les hicimos

creer, bastaba con que cerrarán el porche para que los dos corriéramos a sacar la maleta que yacía bajo su cama.

Dentro de ella se encontraba la más fabulosa colección de libros que se pueda imaginar; la primera vez que los vi no supe que decir. Me quedé pasmado, lo más parecido que había visto era el directorio telefónico que estaba en el distribuidor. Mi abuelo se ríe ante mi comentario. Él sabía que en la casa no existía clase alguna de libros «creo que he olvidado decirles eso, pero aun no es momento». Contábamos con pantallas LCD, computadoras y un molesto sistema de seguridad que sonaba cada vez que olvidamos cerrar la ventana, pero los libros no tenían lugar en esa casa, resultaban obsoletos y arcaicos según mi padre, «un hogar para el polvo y las cucarachas».

Mi padre únicamente leía la pantalla del ordenador, y el titilante panel de su móvil, mi madre de igual forma. Su vida estaba basada en software, y aparatos que le hacían la vida “sencilla” a un gran costo, permanecer esclavos. Eran incapaces de realizar cualquier actividad mientras su teléfono permaneciera fuera de servicio, o el simple hecho de un apagón ocasionaba toda una catástrofe. Los gritos proliferaban, sus ojos se encendían como las brazas de una fogata y todas esas sinapsis que alguna vez establecieron parecían desmoronarse. Entonces, iracundos, cogían el teléfono del vestíbulo y recriminaban con ahínco al monótono hombre de atención a clientes. Para lo cual siempre respondía: -El servicio se restablecerá a la brevedad. Gracias.

Molestos ante la vaga tentativa de corresponder su capricho, se iban temprano a su habitación y salían al

día siguiente cuando el servicio operaba nuevamente.

Mi abuelo estaba harto de ese estilo de vida, no lo aceptaba. Se mantenía al margen tanto como le fuera posible. Él seguía amando los libros y ese aroma que desprenden las páginas cada vez que intentas abrirlos, sentía que la tinta le daba un matiz especial a cada ejemplar, algo que la "tinta electrónica" jamás podría remplazar.

Ese valioso legado pasó a mis manos, fue él quien me enseñó a gozar de la literatura y plasmar mis ideas en donde fuera posible. Puedo decir que gracias a él aprendí a escribir, puesto que nunca lo había hecho con algo distinto a un teclado, y ante la extinción del papel eso resultaba algo inconcebible. Eso no fue obstáculo, él siempre tenía soluciones y papel de sobra para que hiciera lo que quisiese.

En una ocasión osé escribir en uno de los muros de mi habitación, narrar la vida puede resultar una experiencia extraordinaria. Cada párrafo, cada línea, cada verbo se conjuga para presentarnos un mundo al que somos ajenos, un mundo del que quisiéramos ser parte. Desde entonces escribo todo lo que pasa en mi vida, soy de esas personas que necesita ver la vida en el papel para poder entender que sucede.

Con la lectura mis sueños se volvieron más intensos y prolongados, pero a diferencia de hace unos meses, estos no terminaban con un grito o una cama mojada. Disfrutaba viajar por los mundos que se desglosaban cada noche, era como tomar parte en otra época y ahondar en esos recovecos que la historia siempre nos oculta. Posarme sobre los brazos de Morfeo fue cada vez más excitante, conforme los días descubrí que

aquel mundo bizarro por el que vagaba durante las noches no estaba tan distanciado de la realidad. Al contrario, fue de la manera más cruel como entendí ese mágico enlace.

Era el quinto o sexto día mas lluvioso de mi vida, a mis doce años había visto muchas cosas extrañas pero nada como lo que vi aquella noche. Mis padres habían ido a cenar, yo y el abuelo nos quedábamos en casa como era lo habitual.

A diferencia de otras ocasiones, aquel día el abuelo ni siquiera se inmutó cuando mis padres salieron, se quedó paralizado en una silla, como si todo a su alrededor estuviera congelado.

Hacia ya semanas en que se comportaba de una forma anormal, en nuestros ratos de lectura permanecía mudo, y cuando trataba de conversar con él, decía estar cansado. Yo sabía que cada dosis de la droga lo estaba aniquilando, se le notaba a leguas. Y a pesar de que mi padre dejó de comprar las píldoras, esa sonrisa deslumbrante que esbozaba cada mañana nunca regresó. Se vio transformada en una mueca fruncida, su lucidez fue menguando, se encontraba más bien timorato y decrepito.

Supe esa tarde que lo vi por última vez que su gusto por la vida había perecido, así como las hojas de los árboles caen en otoño para no volver.

Aquella ocasión nos recostamos temprano, él decía estar cansado y yo no tenía motivo alguno para estar despierto. Me cubrió con mi sabana, apagó la luz y dijo: -Dulces sueños- después cerró la puerta.

Escuché sus pies arrastrarse por el pasillo, se detuvo en el baño, continuó hasta su alcoba y entró sin cerrar la puerta. Sentí pánico aquella noche, no quería cerrar los ojos, pero inevitablemente el cansancio me venció.

Afortunadamente desperté sin que nada sucediera, el día era soleado y mis padres continuaban ausentes. El abuelo había despertado temprano y horneado galletas para que desayunáramos juntos, en cuanto percibí al aroma del pan en el horno me levanté de la cama y fui para ayudarlo. Hice un poco de jugo de naranja, que por cierto exprimí demasiado y conservaba un sabor a zumo. El sacó una sartén, puso un tanto de aceite y cocinó huevos. Comíamos plácidamente, contaba uno de esos chistes que no llegaba a entender pero de los cuales siempre terminaba riendo. De repente comenzó a oscurecer, el viento mecía las copas de los árboles y una incipiente lluvia golpeaba débilmente los cristales.

Apagué las luces, sabía que algo iba mal, el corazón me latía con fuerza, me costaba trabajo respirar, el aire se encontraba denso. Bajé la cabeza y miré el dije de rehilete que siempre llevaba puesto, estaba girando.

Supe entonces que aquello era un sueño, no había manera de que eso estuviera sucediendo. Mi abuelo no se movía, permanecía anquilosado al desayunador.

Escuché alguien forcejear con la puerta, después golpeteó las ventanas: - ¿Quién es?- pregunté amedrentado. No hubo respuesta.

Me acerqué a la ventana intentando ver de qué se trataba. No vi nada, tan solo el bamboleo de los árboles. Viré y en un instante se abrió un enorme agujero a mitad de la sala, de él salió una imponente serpiente de dos cabezas. Una de ellas era brillante y de ojos deslumbrantes, la otra oscura y de mirada

petrificante. La brillante siseaba constantemente, creí que quería decirme algo, puesto que me miraba mientras movía incesantemente su lengua viperina. La otra se deslizaba cerca de mi abuelo, le observaba detenidamente, quise acercarme, pero mis pies estaban sumergidos en un extraño fango del cual no podía escapar: -¡Ayúdenos!- grité una y otra vez desesperado.

De inmediato la serpiente oscura tragó a mi abuelo y se coló por el agujero donde había salido. Quedé anonadado, quería gritar pero una extraña fuerza me impedía abrir la boca, mientras tanto la otra continuó siseando, hasta que saltó sobre mí y me clavó su par de colmillos en el brazo izquierdo... Desperté agitado, con el cuerpo empapado, no tuve tiempo para pensar, salí corriendo a la habitación de mi abuelo y encontré... algo que aun me tortura...encontré...

Capítulo 3 *Imagina que al momento de nacer tus padres reciben un volumen que contiene aquello a lo que estás destinado; todo está impreso en ese ejemplar de papel barato que distribuye el gobierno. Cualquier hecho descrito al interior es irrefutable... ¿Asustado? Bienvenido al futuro...*

Desde que el abuelo falleció, las cosas han cambiado notablemente. Esas noches de historia y fantasía, fueron remplazadas por horas frente al televisor. Los trillados relatos de su juventud y ese cálido cariz con arrugas fueron lentamente calcinados por el láser que emanaba de los ojos iracundos de mis padres.

Que decir del apetitoso pay de arándano que horneábamos por la tarde, o esos paseos por el parque. Nada de eso queda, tan solo conservo un sueño recurrente y el legado inquebrantable que quiso dejarme. Desearía que papá pensará algo similar, es lo menos que podría hacer, ese hombre fue su padre. Pero no, para él su partida representó una habitación libre y una boca menos por alimentar.

Esa noche en que nos dejó, perdí más que un ser querido. Perdí a la única persona que era capaz de entender que yo era diferente, desde entonces ha recrudecido mi sensación de soledad. Nunca tuve hermanos, así que él mimetizaba ese vacío que la aberrante genética de mis padres me había negado. No puedo recriminarles, al contrario, en más de alguna ocasión me percaté de sus tentativas. Más sin embargo, aborto tras aborto mis padres sepultaron la fe por procrear otro hijo. Fernando sería el último de la ya por sí pequeña familia Zuzeta.

Nunca tuve el valor de contar lo que sucedió esa noche

en que lo encontré tieso sobre la cama. Evocar todo lo sucedido en aquella velada me cuesta trabajo, mi mente se ha esforzado en crear toda clase de escollos para que pueda olvidarlo, más sin embargo recurrentemente sueño con esa noche. Ahí estoy de nuevo, parado junto al marco de la puerta, en la mesa descansan los anteojos con los que leía hasta el cansancio y en la cama su cadáver desvaído, pero hay algo que falta. He tratado de buscarlo, pero por más intentos nada parece tener relación. Es como un libro que ha perdido una página, por más que trates de suplirla, tu pobre creatividad termina por sucumbir ante la mágica ilación del autor.

En más de alguna ocasión deseé contar lo sucedido, y nunca pude conseguirlo. Con mi historial de inestabilidad, preferí ahogarme en el silencio, de seguro sonaría descabellado y volverían a darme esa molesta droga, que acabó con la vida del abuelo.

Pero esto es apenas el comienzo, se han perdido de mucho en los años que estuve ausente. Les debo una disculpa, transitar por la adolescencia ha sido la barahúnda más grande por la que haya tenido que cursar. Que decir, vivir en pleno 2070 es toda una hazaña. Sí, hoy es posible que la gente congelada reviva y aunque los autos no levitan hemos llegado a los diez mil millones de habitantes. En este momento, ustedes son como náufragos que han vivido en cautiverio, cuando lleguen a casa se darán cuenta de que nada es como la mente lo recuerda...

Estaba por cumplir diecisiete años, y nada en el mundo me importaba, mi vida era la monotonía en su máxima expresión. Subsistía gracias al despacible trabajo en el despacho de mi padre, era más de lo que podía

esperar. Me encargaba de darle fama a su ya por si cuestionado despacho de abogados; buscábamos en internet gente de la ciudad que tuviera poder económico y estuviera en sus últimos años de vida, después nos hacíamos de sus datos y los atiborrábamos con un spot barato: "No deje deudas ni problemas haga su testamento y márchese contento", *Bufete de abogados Zuzaeta y asociados.*

La ley internacional de libre comercio nos permitía ofrecer publicidad personalizada a cualquier persona en el planeta, esto, sin requerir autorización. Bastaba con encontrar el blanco adecuado, un mensaje convincente y los clientes llegaban en un santiamén. Era entonces cuando los abogados se encargaban de valerse de hasta el último recurso para cobrar por la asesoría, sin importar si se solventaba o no el problema del cliente.

Detestaba mi labor, hacer de un mundo miserable algo más miserable era un trabajo ruin y deleznable. A pesar de mi rechazo, estaba maniatado, la única forma de evitarlo era morir y esperar a que en mi siguiente vida me tocara un cuerpo más apto.

Seguramente no lo entienden, pero eso se debe a que he olvidado contarles sobre las pruebas TAC y la Biografía. Ahora entenderán...

Fue un día decembrino en que las nubes se ensañaban en impedir que el sol apareciera, mi noción del tiempo no era de lo más fiable, me guiaba a partir de mi estómago y su agudo instinto de alimentarse siempre a la misma hora. En aquel momento, sólo era consciente de dos cosas: estaba solo «como de costumbre» y la nieve se esmeraba en congelar hasta el último centímetro de mi pequeña habitación. No había mucho

por hacer, las opciones fluctuaban entre ver una de las manidas películas del stand, o partir en una expedición suicida para descubrir que obsequios regalaríamos este año. La respuesta creo que es mas que obvia, cerré todas la ventanas y la puerta del porche con seguro, esperando retener a mis padres al menos unos minutos en caso de que llegarán.

Alcé una de las linternas del botiquín y ascendí rápidamente por las escaleras del ático. Mis padres solían cambiar cada año la ubicación de los regalos, era la única forma en que podrían evitar que los descubriera. En las últimas semanas, me percaté de que ambos insistían en que no subiera solo al ático porque podría cerrarse la escalerilla y dejarme atrapado por un buen rato. Nunca había sucedido algo por el estilo ¿Por qué tendría que creerles?... Arriba, la oscuridad dominaba a plenitud, los umbrosos anaqueles y las deterioradas cajas creaban un ambiente turbio en el cual todo me provocaba estornudo o lagrimeo.

En ese lugar apiñábamos la basura de la familia, cuadros que no tenían lugar, juguetes que no se volverían a utilizar y mampuestos para prevenir cualquier eventualidad. Durante toda mi vida intenté deshacerme de esos objetos, apenas llegaban a la puerta cuando alguno de mis padres ya estaba trayéndolos de regreso. Que puedo decir, a veces la gente se guía por paradojas, ellos con sus dispositivos de vanguardia pero sin el valor para desechar el viejo estéreo de sus años mozos.

Seguí con recelo, navegando en ese vaivén entre el pasado y el presente. Por un lado, los discos compactos, con esas portadas controvertidas que acaparaban la atención de los anaqueles, por el otro, la

caja del Tablet con esa sofisticación y sencillez que ofrecía la modernidad. Siempre he creído que ese breve lapso entre lo que fue y lo que será, suele ser tan efímero que no da tiempo a entender el cambio. Los dubitativos se quedan varados en esa bahía que genera el ayer y los maleables surcan las truculentas aguas sobre el incomprensible bote de la incertidumbre. Así sucedió con el abuelo, que nunca encontró la transición, y así sucede con mis padres que creen estar actualizados pero no comprenden que este no es su momento.

Tras recorrer algunos pasillos, llegué finalmente a eso que me robaba la atención: las bolsas de la tienda departamental. Era el único lugar al que solíamos ir de compras, nada complacía mejor los gustos de la familia. Al interior, no encontré aquello que quería, eran solo un montón de sábanas viejas. De esas que la gente utiliza para cubrir los muebles antes de pintar la casa.

Tras las bolsas, y plisando algunas cortinas apareció algo que en verdad me sorprendió: Un libro. Si algo no tendría cabida en este lugar, sería un libro. No había razón para guardarlo, teníamos todo en formato digital ¿Por qué hacerlo?

Tomé el ejemplar y le eché un vistazo, la pasta era gruesa y el papel opaco, se veía en buen estado. El polvo lo cubría en su totalidad, soplé con fuerza tratando de eliminar el exceso, al frente aparecía:
Institutos Nacionales de Salud...

Ya en mi habitación y bajo la luz, comencé a hojearlo. Recuerdo que la primera hoja tenía algo como esto:

Institutos Nacionales de Salud
Ministerio de desarrollo social
Fernando Zuzeta Viñedo
11 de Agosto de 2066
Biografía

Al margen aparecía la firma de mis padres y un notario. En la siguiente página encontré un gran código de barras acompañado de una clave de 14 dígitos. Al verlas deduje que las tres primeras letras eran mis iniciales, los siguientes 6 dígitos correspondían a mi fecha de nacimiento y los siguientes cinco caracteres representaban alguna especie de registro que no lo lograba entender.

Las páginas posteriores no decían nada interesante, hablaba de los logros del nuevo sistema de gobierno y citaba algunos ejemplos de los cambios sufridos a raíz de su gestión. Finalmente leí:

"Las pruebas TAC y la biografía como instrumentos de equidad mundial".

Ante el aumento desacelerado, y la inminente llegada del habitante número 10 mil millones, las naciones son conscientes de los nuevos retos que enfrenta la sociedad. Por ello, y bajo un meticuloso proceso de investigación promovido por los Institutos nacionales de salud de más de ciento cincuenta países y con ayuda de la iniciativa privada su hijo hoy tiene la oportunidad de ser evaluado a través de TAC.

TAC (Test of aptitude and capacity) es una prueba de tamizaje a la cual todo neonato tiene derecho y que se establece como obligatoria en todos los países miembros del tratado.

TAC fue diseñada y patentada por el doctor Robert Kingard en el año 2000, pero no fue hasta el año 2010 en que se aprobó por primera vez para aplicarse en humanos. Hoy en día, la prueba ha pasado al dominio público y desde el 2050 se aplica a escala global. Los documentos que validan la fiabilidad de los resultados son de dominio público, y podrán encontrarse en los sitios de internet que se detallan al final de este material, asimismo se detalla la historia de cómo surgió la idea de utilizar este programa a nivel mundial.

Ahora bien, basta decir que no tiene por qué preocuparse, la prueba no tiene costo alguno, gracias al desarrollo tecnológico y trabajo en conjunto de los miembros, hemos logrado reducir el coste a niveles similares a los

de una vacuna. Por lo tanto, desde el momento que su hijo nació en cualquier hospital de los países miembros ya está siendo evaluado.

Seguramente usted se pregunta ¿Cuál es la finalidad de la prueba?, como toda prueba de tamizaje, nosotros pretendemos prevenir cualquier problema innato que su hijo pudiera presentar. Más sin embargo el ávido desarrollo de la biología molecular y la culminación del proyecto genoma humano nos ha permitido expandir estos horizontes.

La prueba TAC y el documento producido a partir de los resultados, denominado en lo siguiente como: "Biografía". Tienen la finalidad de presentarle a usted las características de su hijo, es decir, desde el momento en que usted lea este documento conocerá que aptitudes y capacidades podrá desarrollar su hijo en base a su información genética. ¿Por qué perder el tiempo obligándolo a realizar algo en lo que no será capaz?, desde este momento usted podrá planear que clase de educación será más fructífera para su hijo. Sabemos que en estos tiempos se requiere que cada persona se desempeñe en el sitio donde es más apto, es la mejor forma de garantizar la equidad. Y esta prueba representa la solución a ese problema.

No sólo eso, desde este momento usted conocerá a que clase de enfermedades su hijo está predispuesto y podrá establecer acuerdos con su institución de salud para evitar que estos padecimientos aparezcan. También se ha aprobado la generación de un índice de esperanza de vida, con el cual usted identificará hasta cuantos años podrá vivir su hijo. En la última década nos congratulamos por el primer hombre que logró superar el umbral de los doscientos años, y seguimos trabajando para que las próximas generaciones sigan batiendo esos estándares. Si usted lo desea, se ha diseñado un nuevo esquema de seguro médico, en el cual sólo se cubrirá aquello a lo que su hijo es propenso y no toda la gamma de padecimientos que existen.

Conforme la legislación y los ensayos clínicos lo permiten, se han añadido nuevas secciones a la biografía. Todas tienen la misma finalidad, promover la igualdad de oportunidades entre los conciudadanos.

En este día nos congratulamos por el nacimiento de Fernando Zuzaeta Viñedo, enhorabuena.

Bienvenido a una nueva era...

Capítulo 4
Con veinte años uno siempre duda que puedan suceder muchas cosas. Sobretudo, negamos rotundamente esa posibilidad de morir. Nos refugiamos en ese corazón fuerte que creemos difícilmente llegará a infartarse y dejamos toda labor a nuestro joven cuerpo que no dispone pretextos para sobreponerse a cuanto intente derribarnos. Recuerdo las ideas que fluían por mi cabeza en aquel tiempo, otrora me sentía tan seguro de ellas, ahora pienso que muchas de ellas para nada fueron brillantes. De hecho me parecen bastante estúpidas, la madurez no es una cualidad que la edad nos ofrezca y yo siempre creí que superar la barrera del tiempo brindaba toda clase de privilegios.

Nunca deseé quedarme para siempre con veinte años. Es una etapa complicada, los conflictos existenciales y las discrepancias entre lo que uno quiere y lo que uno tiene dejan un amargo sabor de boca. Mi vida tenía como escenario la Universidad, el pequeño cuarto de mi casa, y en alguna ocasión un foro alterno, ya fuera una cafetería u otro lugar de esparcimiento. No había mucho que ofrecer, mi presupuesto se limitaba a comer fuera de casa algunos días por semana, salir en un par de ocasiones y lo restante lo invertía a la escuela. Si restaba algo compraba nuevo vestuario, o simplemente lo guardaba para la siguiente ocasión. Los actores... Bueno, no puedo presumir una gran plantilla, en la vida conocí mucha gente, demasiada para mi gusto. Pero la mayoría no pasaba del reparto. Rodaban algunas escenas, participaban, pero para mi siguiente producción permanecían al margen. Sólo puedo destacar a mis padres, algunos miembros de mi familia, Max, Virginia, Augusto y Sofía.

Puedo decir con toda confianza que la segunda época de vida suele ser traicionera, recuerdo que en aquel

tiempo tenía gana de salir y devorar al mundo cuanto antes. Pero aquello no era tan sencillo, la brecha entre la infancia y la adultez es la más compleja de bordear.

Uno quiere ir al frente, mientras la edad tira hacia atrás...

Aquel fue un crudo verano, la oscuridad y la lluvia invadían la ciudad día tras día. El viento era intenso, desafiante, los anuncios publicitarios salían despedidos por los aires y los árboles se mecían hasta desquebrajarse. La gente temía que el río (Corinto) se desbordase, la presa no daba abasto ni mucho menos el drenaje; pronto las calles se convirtieron en afluentes de Corinto y no faltaba quien saliera en su bote a dar una vuelta por la ciudad. Supuse que pronto pasaríamos a convertirnos en una nueva Venecia pero aquello no sucedió. Fueron tres días de torrentes, después todo se filtró y la ciudad volvió a ser cancina y opaca.

Era verano, y no tenía mucho por hacer. Mis posibilidades se reducían a nada. La universidad permanecía cerrada, los compañeros volvían a sus poblados y yo me veía obligado a volver a mi cuarto y mirar por la ventana como los días se consumían lentamente. Cuatro muros, una ventana, una puerta, el ordenador, la cama y un puñado de libros era todo lo que tenía. Dentro de ese espacio me sentía seguro, como si nada pudiera tocarme. Sólo salía para comer, y dar uno que otro recorrido por las húmedas calles de la ciudad. El tiempo restante volvía a la habitación, escuchaba música y trataba de ignorar las constantes rencillas entre mis padres.

Cuanto más lo pienso, más me cuesta aceptar como terminó todo. Como os he dicho, era una época difícil.

Tantos anhelos, y tantos escollos. Si de algo puedo jactarme es de tener un sólido temple. Aunque aquello me llevó a desarrollar un estoicismo exacerbado. Pero supongo que fue lo mejor, desarrollar emociones hacia algo impide ser imparcial. Y en aquel momento lo único que quería era justicia.

El tiempo que pasaba en mi habitación era deprimente, lúgubre. El aire que entraba por la ventila era denso, me costaba trabajo respirarlo y me presionaba el pecho cada vez que intentaba exhalar. La lluvia creaba una atmósfera sombría y gélida, como un bosque varado a mitad de la nada. A cada instante consumía ese ambiente malsano. Mi melancólica prisión me llenaba la cabeza de ideas, ideas que redactaba cada noche antes de dormir, que reforzaba al despertar y observaba en todo lo que estaba alrededor.

Mi padre estaba asustado, pasar tanto tiempo en un solo lugar es un comportamiento bastante peculiar con el que él no concordaba. "Loco", de esa manera me describía. Lamentablemente consideraba que tanto tiempo entre libros y en soledad me había trastornado la mente. No lo culpo, nunca supo tomar el control. Y por control no me refiero a opresión, pues eso lo manejaba a placer. Sus castigos y reprimendas mitigaron lentamente mi amor por él. Alcancé el punto en que prefería no hablarle, tenía miedo de gritarle algo que pudiera herirlo puesto que aun lo quería como a nadie, con ese amor puro y desinteresado que un hijo otorga a su padre. Él se encargó de apagar a esa llama, la fue debilitando hasta el punto en que jamás logró avivarla de nuevo. Intenté hablarlo, decirle que sucedía, pero no lo comprendió. Trató de amenazarme, intentó hacerme creer que estaba equivocado, pero todo el respeto que pude tenerle desapareció. Fue

entonces que me aísle de su vida. Y de mi surgió un odio enfermizo que difícilmente puedo apaciguar.

Me arrepiento de no haber sido más fuerte e intentarlo una vez más con él, nunca supo mucho de mí. Jamás le hablé de una chica, no conocía a mis amigos, creía conocer mis gustos pero la realidad era que se quedó estancando en los primeros años de mi vida. Quise contarle mis sueños, hacerle saber todo lo que quería de mí vida, pero me ignoró; creía que aspiraba a demasiado. No he llegado a entender porque gozaba menospreciarme, no importaba lo que hiciese, aprendí que no experimentaría el día en que lo satisficiese. Esos episodios socavaron mi corazón, lo aniquilaron con el correr de los años. Traté de cubrir esos resquicios con el amor de otras personas, pero nunca cubrieron ese enorme vacío, algunos ahondaron más en el.

Hay otra cosa de la que me arrepiento: Todo el tiempo oculté lo que sentía. Un enorme temor me invadía cuando tenía que expresar mis sentimientos hacia alguien. Recuerdo que cuando era pequeño solía hacerlo sin problemas, conforme crecí el mundo me enseñó que no era educado decir lo que pensaba. Muchos sentimientos se quedaron arrinconados, ocultos bajo ese cruel estigma que la sociedad ha creado. El papel y la tinta fieles a mi estilo, ayudaban a crear ese mundo que en todo momento me estuvo prohibido:
Libertad.

Libertad es una tierra que pocos hombres conocemos. Un mundo en el cual los límites son difusos y las posibilidades infinitas. Lamentablemente los hombres conscientes de este poder decidieron desaparecer a libertad del mapa. No necesitaron gran cosa para lograrlo, implantar una idea en una cabeza joven,

hacerle creer que era la correcta y esta perduraría toda la vida. Si aquel joven decidía tener progenie, ese hijo sería educado con la misma idea y generación tras generación la idea persistiría. ¿Cuál es el truco?, los objetivos planteados a corta edad vuelven a la mente miope. Entonces esa mente buscará de cualquier forma aquello que le han hecho creer correcto, y olvidará por siempre mirar el camino que recorre y ver que tanto le ofrece. Desear algo con vehemencia nos hace ir directo hacia el objetivo, pero en ello omitimos que el camino es el primer paso para poder llegar. A lo largo de la historia los hombres se han encargado de ocultar a libertad generando necesidades y distrayendo nuestras miradas. Por eso no quería abandonar mi habitación, puesto que era un lugar donde esas barreras aun no penetraban...

Hay otra cosa, algo que he omitido. Si de algo me arrepiento en este momento es de Sofía. Porque a diferencia de lo que he contado antes, en donde no pude hacer nada ante la opinión de otros. Con ella no me atreví a tomar el control y saber que podía suceder. Ella era mí compañera en la Universidad, llevaba dos años de conocerla. En una carrera tan larga como la nuestra es necesario tener alguien que nos haga compañía, y ella era perfecta. Compartíamos nuestra vida, y de vez en cuando la comida en el almuerzo. Sigo sin entender que fue aquello que me hizo tan afín a ella, supongo que existen cosas que por paridad están destinadas a compartir el mundo como las nubes y el cielo, o el mar y la sal.

Lentamente fui enamorándome, como un suero que entra por las venas su cariño y su amor recorrieron todo mi cuerpo. Me volví adicto a ese placer que me

provocaba estar con ella. Su sonrisa, su voz, todo se conjugaba de forma increíble. La pasábamos tan bien, reíamos tanto, y lo más importante, sentía alguien a mi lado. En esa época estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, no creo prudente narrar todas esas hazañas porque seguramente ustedes ya las conocen o las han vivido. Basta decir que la amaba, la amaba como a nadie y con todo mi ser. Pero al final del día sabía que sólo éramos amigos.

Dos días antes de mi partida, me contó algo que me estremeció. Finalmente tenía novio. Mi maravilloso sueño se desmoronaba con cada palabra. Era consciente de que el único culpable era yo, y mi absurdo temor de decirle lo que sentía. Cuando me lo dijo colgué, no supe que hacer en ese momento. Sentía que una parte de mí se marchaba con ella. Volvió a marcarme al móvil, insistió, pero lo apagué. Recuerdo que eso sucedió un lluvioso diez de Julio por la noche y que lloré como nunca antes, hasta que el sueño me venció.

En los días venideros a aquel episodio, me enfrenté a los demonios de mi mente. Recuerdo a todos y cada uno, aun viven en mí. Fue la noche del doce de Julio cuando decidí arriesgarme por primera vez en mi vida, escribí una larga carta, cogí una rosa y corrí bajo la lluvia hasta la casa de Sofía. Estaba empapado, el corazón latía rápidamente, la adrenalina se liberaba por todas partes; como aquella que sienten los nadadores al estar cerca del borde y dar la última brazada, o el criminal al cumplir su cometido y tener que escapar. Faltaban apenas un par de avenidas para llegar a su casa. Crucé la avenida, algo me impactó, después yacía sobre el asfalto. Intenté levantarme, no pude hacerlo, mi cuerpo estaba paralizado de dolor, vi mi brazo con la

sangre brotando a borbotones, supe que aquella sensación sería la última en mi vida y esa noche mis ojos se cerraron para nunca volverse a abrir.

Hoy que estoy del otro lado, les puedo decir que no se preocupen por qué habrá después. No es tan fantástico como dicen. Muchas cosas son similares, a veces creo que preferiría volver a vivir. Pero si algo les puedo asegurar es que aquí el cielo también es gris.

Capítulo 5 Pete Lescott Defoe llevaba casi una semana sin salir del apartamento, su cuerpo no soportaba la escasa temperatura. Los dedos se le tornaban cianóticos y experimentaba un terremoto cada diez minutos con tal de generar algo de calor. Muchos dicen que la muerte blanca es “dulce”; al menos los alpinistas así la definen. Primero aparece un incesante cosquilleo por el cuerpo, las extremidades se paralizan, después el tronco, el cuerpo se pone azul, aparece el frobite, los esfínteres se relajan y de repente pierdes el control. Sabes que tu cuerpo estás ahí, pero no puedes hacer nada para escapar. Las pupilas se dilatan, el hormigueo alcanza el pecho, una extraña fuerza impide respirar y todo termina.

A pesar de su peculiaridad, para la familia Lescott su experiencia con el congelamiento había sido bastante amarga. Matt murió de esa forma, Demon le siguió el paso y su padre Friedrich hizo lo propio al no soportar el castigo de sepultar a sus hijos. Todos los varones en la familia de Pete habían experimentado una muerte similar, empezando por su abuelo Germanie.

La familia Defoe era famosa en Newcastle, más de lo que ellos hubieran deseado. Toda la ciudad cotilleaba acerca de su condición. Existía un ardiente dicotomía entre si la maldición de la que eran víctimas era resultado de su marcado comportamiento pagano o era producto del desdeñable bígamo en que Germanie se había inmiscuido durante sus años mozos. Independientemente del origen las consecuencias eran las mismas, las mujeres en la ciudad temían desposarse con cualquiera de los Defoe. Muchos los creyeron homosexuales, aunque nunca hubo forma de demostrarlo, la familia se conservaba en total hermetismo. Fue un 13 de Diciembre de 1932 cuando

nació Romina, la única mujer de seis hermanos. Esa tarde falleció su padre. En los años venideros pasó lo mismo con sus hermanos, a la edad de 6 años Romina era la única de los Defoe. La guerra disipó mucha de la atención sobre la familia, los ojos se tornaron sobre Polonia y el triste episodio que representó el holocausto. En esos años Romina viajó con su madre a Gales, y no se supo mucho de ellas durante largo tiempo.

Quince años más tarde Romina volvió a Newcastle para desposarse con el Dr. Friedrich Lescott. Lescott era un caballero ejemplar, un hombre de esos a la vieja usanza: pulcro, responsable y humano. Los muros de su consultorio se veían recubiertos por títulos de las más prestigiosas universidades: Cambridge, Liverpool, Bate. La gente tenía fe en su trabajo, algunos le esperaban toda la noche con tal de ser los primeros en consultarse al día siguiente. Pero ni todo el temple, ni el estoicismo exacerbado que le caracterizaban pudieron lidiar con la muerte de sus hijos.

Primero fue Matt que murió inexplicablemente poco después de cumplir veinticinco, su esposa lo encontró rígido en la tina del baño. Friedrich solicitó realizar la autopsia, muchos se opusieron por el lazo que los unía, pero no hubo quien se lo evitase. El momento en que indagó el cadáver aun lo atormenta, muchas son las noches en que se imagina de vuelta en el forense con el cadáver azulado de su hijo sobre la plancha. Los hallazgos en aquella ocasión dirigían todo a hipotermia, frobite y muerte por congelamiento, pero el escenario no se prestaba a tal situación. Una noche de verano y una ducha caliente no podían conjugarse de tal forma.

El doctor acusó a Nicola de asesinato, la prensa no

tardó en divulgar el estruendoso caso. Con ello el nubarrón volvió a ofuscar la vida de los Defoe, ese cuento que por décadas permaneció latente se había alimentado durante aquel lapso y volvía fuerte y ostentoso.

Los litigios se extendieron durante años. Por las mañanas el Dr. Lescott visitaba los tribunales, por las tardes apenas si prestaba atención al consultorio, muchos dejaron de frecuentarlo, su cariz perdía vitalidad. Ante el temor de ver a otro de sus hijos morir se enfrascó en una batalla por encontrar una cura. Pasaba las noches en el sótano, oculto entre sombras y libros, intentando perfeccionar un poderoso bálsamo que elevara la temperatura corporal. El miedo lo hacía trabajar sin descanso, se encontraba irritable y se refugiaba en litros y litros de licor de Ginebra. Lamentablemente para su causa, el tiempo que no fue suficiente para esclarecer lo acontecido con Matt. Nicola recibió la absolución y se marchó del país. A su partida, no solo se disolvió la verdad, también se esfumaron miles y miles de libras en abogados e investigadores de primera línea. No quedó mucho remedio para los Lescott, tuvieron que dejar su lujosa residencia para acomodarse en un recinto pequeño en el centro.

La vida de excesos del Dr. Lescott se volvió un peso para la familia, Demon y Pete tuvieron que trabajar desde muy temprana edad. El consultorio no daba lo suficiente como para satisfacer los caprichos de un alcohólico y una mujer acostumbrada a los lujos.

Un día Demon salió a trabajar, la labor de mensajero en la editorial Harvey comenzaba apenas saliera el sol y para eso faltaba poco. Pete se despidió tiernamente en aquella ocasión, como si algo en su interior le advirtiera

que sería la última vez que podría hacerlo. Intentó convencerlo para que no fuera, pero ningún argumento fue suficientemente convincente. Su hermano era de esas personas que cuando se plantean un objetivo difícilmente dan su brazo a torcer.

Los Lescott desconocían el trabajo de su hijo, él tampoco daba mucho a conocer. Pete sólo era consciente de que su padre había hablado con uno de sus allegados en la editorial para conseguirle el puesto. Autores de toda clase querían imprimir sus ediciones con la casa de Harvey&Simons, sus trabajos arribaban diariamente a la rivera del río Tyne, y Demon era el encargado de ir a los muelles para recibir los paquetes. Pero no era el único que estaba dispuesto en hacerse con los paquetes. Los "polizones" eran una especie de aficionados a la literatura, su placer radicaba en leer las obras inéditas para luego ofrecerlas al mejor postor. Bentley&Wilkins y Crouch&Speekman eran dos de las editoriales que entraban a la pugna por tener a los autores más exclusivos entre sus vitrinas. Se rumoreaba mucho sobre si los polizones formaban parte de su plantilla o sí trabajan por propia cuenta; la realidad era que rondaban el área de muelles día y noche, sabían en que muelle encallaban los autores más codiciados y tenían toda una red de subterfugios para escapar.

Demon no era consciente de todo el peligro al que se enfrentaba en cada entrega, nunca lo fue. Esa mañana decembrina en que Pete trató de detenerlo surgió algo importante, el noruego Tim Bellamy envió un telegrama para informar que su última obra navegaba rumbo Newcastle. De inmediato el joven Lescott emprendió un

viaje en bicicleta al muelle, a su arribo la gente de Bellamy le esperaba, cogió el paquete y se lo metió en el abrigo.

- Viaja con cuidado- le advirtió el hombre.

Demon sintió que algo no iba del todo bien, un fuerte espasmo le recorrió la espina. Observó como la gente en el muelle le clavaba la mirada, aquello fue un mal augurio. La angustia hizo estragos en su mente, optó por dejar la bicicleta y seguir a pie. Un par de hombres le seguían de cerca, no le quitaban ojo de encima.

Trató de pedir ayuda, pero en lunes los comercios permanecían cerrados, además la nieve había ahuyentado a la gente. Las calles estaban deshabitadas. No tuvo más remedio que correr, sus movimientos eran torpes como los de un niño que apenas aprende a andar, no tardó mucho en tropezar.

Un tercer hombre apareció por sus espaldas, uno de ellos sacó una pistola y le apuntó a la cabeza. Demon comenzaba a desvanecerse, no sabía si el miedo o algo en su cuerpo le estaba jugando una mala pasada, pero nada de eso le ayudaba a escapar. Pronto se quedó paralizado, miró como los hombres le gritaban pero no lograba entender. El más alto de ellos le tiró una patada, entonces un profundo dolor lo invadió y sintió que algo se comprimió en sus entrañas, de repente un sabor metálico le inundó la boca. El mismo hombre se inclinó y le quitó el paquete con suma facilidad. Los tres se echaron a correr de inmediato, mientras que en el cuerpo de Demon un intenso cosquilleo hacia acto de presencia. Desesperado, sacó el ungüento del bolsillo, no tuvo mucha utilidad. Sucumbió ante la muerte dulce.

La autopsia no sirvió de mucho, hipotermia y

congelamiento aparecían como causas de la defunción. No se mencionó nada del ataque, el cadáver azulado se robaba toda la atención. El doctor sufrió en demasía con la muerte de su hijo, ni todo el alcohol pudo contra el pesado lastre que cargaba sobre sus hombros. “Un padre jamás debería ver morir a un hijo”, fue tan desgarrador el evento para Friedrich que no soportó. Apenas pasaron tres días de la muerte de Demon cuando la familia Lescott tuvo que ceñirse de nuevo el traje de luto. Una bala, una entrada aberrante y una salida que no lleva a ninguna parte. Así son los suicidios, inician por donde no deberían y terminan justo en la nada...

Con lo acontecido esa semana Romina decidió que era tiempo de hacer una vida propia, la monotonía la tenía fastidiada. Compró un piso en el centro y se lo regaló a Pete, con el dinero restante viajó rumbo Estocolmo, al principio Romina escribía ocasionalmente una carta para su hijo. Pete le respondía a la brevedad, sentía la imperiosa necesidad de hacerlo, pues era uno de los pocos nexos que aun conservaba. No pasó mucho antes de que Romina enfermara, desesperada escribió a su hijo que iría rumbo Santiago de Compostela para cumplir la ruta del apóstol y que este le concediese el milagro de sanación. Pete rio ante tan lamentable episodio, después de eso no volvió saber nada de su madre...

Con la muerte de Demon, el señor Harvey ofreció el puesto a Pete, este no tardó en aceptarlo. Pero al ver su talento con las letras de inmediato se le asignó un puesto en la sección editorial. Pete era joven, mostraba una madurez impresionante. Tenía un talento nato para describir el mundo, su sátira y sarcasmo eran del agrado del público. Era tal su aceptación que un

diario local le ofreció su propia columna, sitio donde criticaba enérgicamente el capitalismo americano y toda esa segregación social creada por la industria.

Trabajando con la editorial tuvo la oportunidad de publicar un par de recopilaciones con sus pequeños cuentos. Al principio sus obras se vendieron con fluidez, la historia de su familia vendía más que su escasa reputación. Pero conforme aparecían nuevas obras, los lectores comprendieron que su creatividad redundante no llegaría lejos. La trama era idéntica, los personajes similares y el final se agoraba con cada línea previa. El último de sus cuentos: "El día que decidí morir" fue por mucho el más famoso. La historia relata las peripecias de un joven inglés: Mathew. El cual se refugia en la soledad de su apartamento ante la desesperanza de un mundo que se esfuerza por segregarlo y ante la decepción de un amor no correspondido. Mathew se vuelve adicto al opio, e inventa toda clase de mundos mientras pasa sus últimos días lidiando contra aquello que siempre deseó pero nunca pudo conseguir. La historia cogió mucho auge entre los jóvenes, la década de los cincuentas fue complicada. Los empresarios pagaban salarios raquíticos, las universidades no daban abasto y el costo de vivir en la urbe alcanzaba niveles estratosféricos.

Tras publicar su obra Pete solicitó un mes de vacaciones a Harvey, situación que le pareció un tanto extraña. Él accedió, pero a cambio pidió un par de historias para cuando el plazo venciera. Pete aceptó sin remedio...

Pete Lescott Defoe llevaba casi una semana sin salir del apartamento, su cuerpo no soportaba la escasa temperatura. El invierno recrudecía sin contemplaciones. La pequeña ciudad de Newcastle se

estremecía ante las heladas ráfagas de aire que fluían entre sus avenidas. Para Pete aquello no era del todo desagradable, el mundo parecía tomar un respiro, sosegarse. Como si cada ventisca paralizara los átomos de todo lo existente hasta retenerlos el tiempo.

No había mucho por hacer, la nieve plagaba todo. Las chimeneas trabajan horas extra intentando irradiar un poco del calor que el hielo había desvanecido. En las calles los vehículos quedaban varados, la nafta difícilmente ardía a baja temperatura. No quedaba más remedio que coger las botas de la cajuela y caminar tanto fuera posible para no llegar tarde.

Mirando a través de una ventana la gente jamás imagina todo lo que puede encontrar. Pete había encontrado un nuevo hobby, observar la cotidianidad le resultaba tentador y en ocasiones hasta emocionante. Ahí iba Cleo, llevando a los niños al colegio, en tanto aparecía el señor Balderas con un diario entre manos. Después salía Philip para palear los montículos de nieve, y cerca del medio día el cartero llenaba los buzones con deudas y publicidad. La vida en la ciudad se vuelve de lo más rutinaria, la experiencia de Pete lo demostraba. Apenas cumplía su segunda semana de vacaciones, cuando ya era capaz de predecir los actos de todos los inquilinos.

- Las ciudades son como la maquinaria, cada persona cumple una función específica. Y como en todo motor estas piezas deben de actuar de manera coordinada para cumplir su objetivo. Nuestra vida se limita a mirar manecillas y actuar conforme dicta lo intangible. Apenas pasan de las nueve cuando Cleo corre a toda prisa con sus hijos para no llegar tarde, el tiempo la mantiene prisionera. Sí el señor Balderas

saliera más tarde seguramente no encontraría diario alguno en las vitrinas, de tal forma que vive maniatado a su reloj para conseguir lo que desea. Todos, sin excepción, vivimos inmersos en un pequeño círculo de minutos, horas, días, meses, etcétera. Una circunferencia imperfecta que se repite una y otra vez.

Pero nadie se percata de que existe un halo más grande: la vida misma. Entonces cuando llegamos al final de ese perímetro queremos regresar, deseamos tener un poco más de tiempo para rellenar todos esos huecos que dejamos. Pero la vida y el tiempo son rivales, mientras el primero perece el segundo continua creciendo, uno desaparece mientras el otro es indeleble.

Pete sabía que su momento estaba cerca, había volteado todos los relojes del apartamento. Como si eso lo mantuviera intacto de la corrosiva huella del tiempo.

Pronto cumpliría veinticinco años, una edad nada despreciable, aunque era consciente de lo que conllevaba tal cifra: Muerte. A pesar de su inminente deceso, Pete tomaba las cosas con calma. Se sentaba al borde de la ventana a contemplar el mundo, encendía un cigarrillo con opio «la droga popular en la ciudad» y divaga. El opio y el hombre son un extraño binomio, el primero relaja el segundo combate.

Pete no tardó mucho en darse cuenta como la droga fácilmente se filtra por el cuerpo.

- El placer atiborra los sentidos, los cosquilleos repiquetean de pies a cabeza. Más tarde aparecen los sueños y todas esas pesadillas que turban la mente. ¿Quién podría creer algo tan absurdo?, ¿Cómo de una flor tan hermosa como la amapola puede surgir algo tan peligroso?

Sucumbía ante los efectos de la droga, cada noche su cuerpo sufría, la paranoia le tomaba por sorpresa. Se volvió difícil discernir entre la realidad y la ficción, los sueños parecían reales y lo real parecía obra de la imaginación. En esos lapsos de desconcierto cogía papel y tinta, y comenzaba a escribir, de tal forma terminó al menos un par de cuentos.

En algún momento, en aquel sitio exento de cronicidad apareció un sobre bajo la puerta. El membrete citaba: Rosalin Benetton. En algún lugar de la mente de Pete, ese nombre hizo sinapsis. Una serie de recuerdos comenzaron a abordarle, su respiración se aceleró, y su cuerpo diaforético trabaja a marchas forzadas para apagar el intenso incendio incitado por sus memorias. Dudó en abrir el sobre, pero su cuerpo actuó antes de que pudiera detenerlo:

Diciembre 21, Manchester.

Pete, temó que te haya ocurrido algo. He tratado de comunicarme contigo pero en tu oficina dicen que has salido de vacaciones. ¿Por qué decidiste no avisarme? , sabes que me gustaría tenerte por aquí al menos unos días. Un empleado de la editorial me ha facilitado tu dirección, espero que recibas pronto esta carta. He leído tus historias y temo admitir que me encantan, me gustaría que algún día escribieras algo sobre mí, aunque sea breve, créeme que sería fantástico. Te extraño Pete, desde la semana que estuviste por aquí no ha pasado nada interesante en mi vida, desearía verte de nuevo. Te escribo porque tengo que notificarte algo importante, una noticia que nos cambiará la vida a ambos: Estoy embarazada, al principio no estaba segura, pero fui con el médico y de inmediato lo supo.

Llevó casi dos meses, aunque el doctor dice que mi embarazo es delicado me encuentro emocionada. Los dedos se me han puesto azules, y de vez en cuando un cosquilleo me recorre el cuerpo. Pero me siento bien, apenas me pongo cerca de algo caliente todo mejora. Me haces falta, no es sencillo lidiar con esto sola. Mi padre tiene la intención de conocerte, no creas que se encuentra molesto, de hecho le entusiasma la idea, está en la disposición de viajar a Newcastle con el propósito de conocerte. Pero primero necesito saber que ocurre contigo. Espero tu respuesta. Te amo.

Pete quedó anonadado ante la noticia. Un hijo. De ninguna manera habría contemplado algo así. Aquella noche no pudo dormir, la condición de Rosalin le preocupaba. Soñaba como él bebe la consumía por dentro lentamente, todo su calor era absorbido por ese monstruo tan similar a su padre. Pete se dispuso a empacar, cogió un par de maletas y abrió su armario, pensó en utilizar el ungüento de Demon en Rosalin, por un momento el miedo de hacerse cargo de alguien lo anquilosó a la cama. Al paso de un rato se levantó y siguió con su tarea.

La mañana siguiente Pete colocó las maletas cerca de la puerta, por primera vez en mucho saldría de su apartamento. Toda la sardina enlatada y chocolate amargo que compró antes de encerrarse en su aposento estaba agotado. No le quedaba más remedio que abandonar su morada, conseguir comida, entregar los cuentos a Harvey e ir en búsqueda de la mujer que seguramente se convertiría en su esposa. Antes de partir se sentó por última vez al margen de la ventana y encendió otro cigarrillo. Quería observar por última vez esa trillada rutina de la calle Pearson. El día transcurrió, pero nada sucedió ante sus ojos. Se quedó

paralizado esperando a que Balderas, el cartero y Cleo hicieran lo mismo de siempre. Ese momento no llegó...

Pete cogió sus maletas y salió a paso destemplado rumbo la estación de trenes. No había reparado en la paradoja que el mismo había creado, observando la cotidianidad del mundo que trataba de evitar el mismo había caído en la monotonía. Tan pronto llegó a la taquilla, se hizo con el primer boleto que saliera rumbo a Manchester. Evitó mirar el reloj, se sentó en el andén y espero a que el momento llegara. Nadie le acompañaba, ni siquiera el personal de la terminal. Desesperado encendió otro cigarrillo, miró al reloj, las manecillas reposaban sobre el número doce. El frío arreciaba, él se frotaba con fuerza para oponer resistencia, pero sus esfuerzos eran en vano. Pete sabía perfectamente que ese día era su cumpleaños, el veinticinco para ser exacto.

Los labios comenzaron a sangrarle, un sabor metálico le inundó la boca. Un repiqueteo comenzaba a invadirle el cuerpo, sus manos se tornaron azules. Se recostó sobre el suelo y envolvió sus piernas con los brazos, el frío le carcomía los huesos. Tras un rato sus piernas cayeron tías sobre la loseta del andén. Pete hurgó en sus bolsillos hasta encontrar el mechero, lo encendió y lo acercó a su ropa. De inmediato se incendió, una cortina de fuego lo cubrió por entero. Su cuerpo ardió lentamente, un sonido crepitante emanaba del poliéster calcinado. Para cuando arribó el tren Pete yacía malsano en uno de los extremos del andén. El fuego había hecho sus estragos, su rostro demacrado, su piel desvaída, su cuerpo deformado como cera que escurre por los relieves de una vela.

Dorian nació meses más tarde sin ninguna

complicación, no tuvo la fortuna de conocer a su padre.

Su cadáver fue encontrado entre los escombros de su apartamento en Newcastle. De sus historias no se supo nada, apenas si pudieron salvarse algunas páginas.

Rosalin mantuvo a Pete en el anonimato. Ni siquiera asistió al funeral, la historia del opio la obligó a borrarlo por completo. El tiempo fluyó con vigor, como un río caudaloso que quiere encontrar salida y arrastra todo a su paso, de tal forma que en unas semanas Dorian cumplirá su tercera década de vida...

Capítulo 6

Morir

Desde hace mucho soy incapaz de distinguir entre recuerdos y fantasías. Para muestra de ello, ayer le dije a mi nieto que luché contra los Nazis en el 42', siendo que yo nací en el 68'. Con todo y eso, lo creyó -de seguro, ahora soy el héroe de la calle- y nadie podrá sacarle esa idea de la cabeza.

La vejez es una etapa complicada; cuesta trabajo entender que muchas de las cosas que uno cree como propias en realidad pertenecen a alguien más. Películas, novelas y una que otra leyenda sirven para llenarnos el subconsciente con memorias falaces. Supongo que es un mecanismo de protección innato del ser humano, pues la decepción que genera pasar una vida sin cumplir nuestros anhelos llega a ser devastadora. Por eso encontramos el sosiego en la mentira, que a nadie lástima y a todos sorprende. Además, quién podría recriminar algo a un demente senil.

Dicho esto, espero no duden de la fidelidad de mi relato. Ya que aunque no pudiera ser propio, de algún lugar le he tomado prestado...

Tenía trece años, quizá más, con mi edad es difícil determinarlo. Sí sirve de algo, recuerdo que aún no probaba el sexo y me sentía orgulloso de haber aprendido álgebra.

No tenía de que preocuparme, mi padre era magistrado y percibía el sueldo acaudalado de los altos mandos. Mi madre carecía de preocupaciones, viajaba por el mundo buscando cortinas, festones y esa clase de artilugios

que sólo sirven para almacenar polvo en las repisas. Tenía un vestido para cada ocasión, y una vez por año llamaba a mis tías para que se llevaran toda su ropa e ir por nueva al almacén. El dinero le satisfacía hasta el más soso de sus caprichos.

No tenía hermanos, así que todos los lujos eran para mí. Asistía al instituto, el mejor de la ciudad. "Dechamps" estaba repleto de hijos de figuras públicas, artistas y uno que otro erudito de las ciencias. El ambiente era fastidioso, denso, opresivo. Recuerdo con sumo detalle la petulancia de mis compañeros, que decir de sus padres. La entrada resultaba como un desfile matinal, lleno de celebridades y autos ostentosos. La hora de salir por igual, no existía cosa en ese instituto que no odiara con mi ser. Intenté salir de allí cuantas veces pude, hasta que por fin me hice acreedor de una expulsión. Raúl Alcorcón me recordaría de por vida. «La muerte, es una condición de la cual la memoria difícilmente se desprende».

Era verano, cálido y torrencial, como lo es cercano al ecuador. No existía lugar en la ciudad que se viera exento de esa onda expansiva de calor atosigante. Las camisas se humedecían, los labios se tornaban áridos y el perímetro contiguo a los árboles se convertía en el sitio más codiciado. Bebederos y cafeterías resultaban insuficientes para menguar la sed voraz de las masas. En su desesperación, la gente terminaba nadando en el agua de las fuentes, o desnudos sobre el césped de su jardín-mostrando el sexo a quien se atreviera a mirar-como si fuera un acto familiar.

Ese día no entré a clases, tomé mis cosas, abandoné el

salón y me senté bajo un roble del jardín. A esa hora los prefectos tomaban café, lo sabía de buena fuente. Por lo que nadie me molestaría en un par de horas.

Alcé mi libro: "The sound of silence" de Gerard Crouch. Era la enésima ocasión que lo leía. Lo cual no me importaba, cada vez que lo hacía me resultaba diferente. La razón era sencilla, era un libro bastante rebuscado «permanecía horas buscando en el diccionario».

Pero mi abuelo y su inmensa fascinación por los libros habían implantado en mí esa costumbre de leer todo lo que me fuera posible. Desde el momento en que me lo obsequió descubrí que era un desvirtuado de la lengua, y sentí el desafío de terminarlo cuanto antes. ¿Qué podrían recriminarme mis profesores?, me encontraba en una labor sumamente "escolar". Mucho más importante que conjugar verbos en infinidad de tiempos-cosa que sabía a la perfección- y más vital que aprender las reglas del celibato...

Leer, para mí es un escape de la realidad. Las palabras no se basan en una simple combinación de vocales y consonantes que simplifican la fonación. La palabra es capaz de evocar, retrotraer y manar ideas de los sitios más recónditos de nuestro ser. Su significado no es exánime, resulta tan complejo que recae en lo ignoto.

El autor es un artista que insinúa entre líneas, nosotros-lectores- construimos lentamente entre párrafos. No es hasta que tomamos el libro en un par de ocasiones cuando desentrañamos el secreto de las palabras.

Hasta este momento de mi vida, persiste la costumbre de divagar sobre la vida entre los párrafos. Desafortunadamente no como en aquella época, ahora

me cuesta trabajo creer. Por eso prefiero los ensayos, y trabajos de un corte más formal. La crítica es algo que se facilita con la edad. Aun así, me aferro a la mística y todas las implicaciones que genera la ficción. A veces, me sorprende que a pesar de que el cuerpo es una maquina cambiante, las ideas se vuelven senescentes con el tiempo. Tanto, que el cuerpo perece pero los ideales persisten.

Ese día sucedió algo muy similar...

Permanecí tan absorto entre líneas, que cuando asomé la mirada ya era hora del almuerzo. El jardín era inmenso, situación que mantenía distantes a los distractores. Otrora el instituto había sido un convento, caracterizado desde sus inicios por sus jardines y flores exóticas. Teníamos taller de herbología, y los más avanzados recreaban los experimentos de Mendel-como si fuera algo inédito- con suma presunción.

Lo único que me parecía agradable era la Capilla Vitalicia. Un pequeño recinto religioso, donde realizábamos las ceremonias y actos eclesiásticos. « ¿Qué podría tener de especial una capilla?». Esta era singular en el sentido de su ubicación, permanecía latente entre los corredores de un laberinto de setos. Los días de visita a la capilla, cada tutor tomaba a su grupo y lo llevaba a través de una de las siete entradas del laberinto. Aquello no era más que un acto representativo: “Entraremos por los distintos caminos de la vida, para percatarnos que al final todos llevan al señor”, repetía el padre cada día antes de comenzar la travesía.

Solía sentarme bajo alguno de los robles que circundaban las entradas al laberinto. Entre los alumnos decíamos que era el laberinto de los murciélagos. Hace apenas algunos años, bastaba con que alguien golpeará los setos para ver murciélagos volar. Tras un incidente que hubo en mi grupo cuando estábamos en tercer año, los pequeños mamíferos fueron exterminados. Aunque si se tiene fortuna todavía puede verse alguno.

En esos tiempos disfrutaba fantasear con historias sobre el laberinto. No quiero detallar mucho en ello, pero tengo libretas repletas de historias sobre el mismo. Algunas ilustradas, otras un tanto lacónicas, pero el progreso de mis textos se ve reflejado en mi edad. En un inicio pocos del instituto las conocían, conseguir alguna era un acto subrepticio, por el cual algunos me remuneraban al menos el almuerzo. Conforme más ojos tuvieron posibilidad leerlas perdieron su aspecto lascivo.

Hasta mis tutores llegaron a aspa ventar al leerlas. Explicito, demencial, blasfemo eran algunos de los muchos adjetivos con los cuales juzgaban mi obra. Pero no pueden culparme, el maestro Poe carga con mucha de esa animadversión. Mis padres intercedieron por mí en un par de rencillas con el prefecto. Ofrecieron algunas disculpas de oropel, y me obligaron a escribir una carta plagada de fruslerías en la cual pedí disculpas. Tras eso tuve que inmolar mi bolígrafo; le cambié por un lápiz y algunas hojas blancas.

Justamente iniciaba uno de mis trazos sobre lo que leí, aquel día que Raúl Alcorcón se acercó a mí. Por razones que jamás entendí él tenía un placer perverso por zaherirme. Su encono hacia mi ser era reconocido hasta por los profesores, quienes nos mantenían en

extremos opuestos durante clases. Y no dudaban en vigilarnos con ahínco durante los almuerzos.

Esa tarde de cálido verano, el receso se había prolongado más de lo habitual; una fuga de gas en los laboratorios el agente causal. Todos permanecían maniatados tratando de controlar el problema, mientras nosotros vagábamos libres. Me dispuse a guardar mis cosas en cuanto vi que Raúl se aproximaba. Un par de sus amigos me tomaron por la espalda, este me arrebató el bloc, lo tiró sobre el césped y se encargó de volver mi obra irreparable.

- Matías, cuanto sin verte-dijo con su voz chirriante.

- Menos de lo que me gustaría...

- Sabes, hoy es un día caluroso. ¿No te apetece sumergirnos en la fuente del laberinto?-sugirió en tono burlesco.

- Sólo si invitas a tu hermana.

Los ojos se le llenaron de rabia, después dio un bramido. Me miró antes de golpearme el estómago.

- ¿Te gusta jugar verdad?, está bien hagamos de esto algo lúdico.

- Vaya, nunca creí escucharte decir algo tan complejo- reí sardónicamente- después de todo quizá no seas tan estúpido.

- ¡Suéltelo!-grito irascible.

Quedamos paralizados, uno frente a otro. Podía sentir palpitaciones en mi pecho, uno enorme parte de mi quería desfigurarme la cara. La otra gritaba vehemente que me tranquilizara. Pronto más voces pululaban en el bullicio, todas luchaban por causa propia. Parloteaban al unísono, hasta el punto en que se sosegaban en tándem. Sólo una fue paciente y dijo «corre».

No me detuve a tratar de descifrar el mensaje, mi cuerpo reaccionó al instante. Fui directo al laberinto. En verano cuando las clases inician este se encuentra descuidado, pues en vacaciones no hay alumnos que le den mantenimiento. Los setos crecen sin control y los animales se aglomeran entre los corredores. Entré, y corrí tanto como pude, en un principio conseguía escuchar sus pasos. La grava delataba su posición. El temor se apoderó de mí, cuando el crepitar de sus botas se esfumó. La incertidumbre de saber si estarían cerca me mantuvo trémulo. Trataba de idear algo, cavilar al menos una opción que me diera alguna ventaja. Pero la trifulca que seguía sucintándose en mi mente no aportaba muchas ideas. Me era imposible escardar algo de tal farfallo.

Esporádicamente escuchaba sus voces, más nada me garantizara que no estarían a la vuelta del siguiente recoveco. Los corredores aparentaban alargarse con cada paso, los muros se estrechaban, mi respiración se entrecortaba. Tropecé con una rama y caí directo sobre un seto. Los murciélagos salieron de inmediato, entonces una nube negra y chirriante se postró sobre mí. Finalmente salí de los corredores para llegar a la Capilla Vitalicia. A las afueras, la magna fuente de Iris permanecía encendida. Pensé en esconderme en la capilla, no obstante mis esfuerzos se vieron ofuscados cuando Raúl apareció por el otro corredor. Quedé

paralizado, en tanto él me derribo son suma facilidad.

- ¡Es hora de nadar!- le dijo a mi cadáver petrificado sobre la grava.

Apenas tuvo oportunidad, me cogió sobre su espalda y me lanzó a la fuente. Mi pierna golpeó con algo, la recalcitrante ignición en la tibia me lo decía. Por más intentos, no conseguía levantarme, el agua me penetraba a placer. Raúl me sacó del agua, espero a que me reincorporara, y fue entonces que abandoné mi letargo. Me puse de pie, tomé aire y le miré de frente. Intentó asirme de nuevo, esta vez ni siquiera estuvo cerca.

Lo cogí por el cuello con mi mano, como si esta se hubiese convertido en una tenaza. Le estruje con fuerza, sentí como algo en su interior crepitaba. Le anegué en el agua, al principio opuso resistencia. Las piernas se esforzaban en patalear, sus brazos trataban de liberarse pero nada funcionaba. Sus movimientos fueron enlenteciendo, disipándose. Como las ondas que aparecen en el agua al arrojar una piedra. En un principio parecen violentas y con el tiempo se vuelven pausadas. Lo mismo ocurría con su respiración y el gas que escapaba a la superficie del agua.

En mi interior algo se accionó, a mis voces se sumó un timbre profundo y grave que dijo: «basta». Solté a Raúl, para entonces los prefectos ya estaban presentes. Uno de ellos me abofeteó la cara, los otros se esforzaron en rescatar a mi antagonista...

Tras ese episodio se suscitaron muchos

acontecimientos en el instituto, algunos más trascendentes que otros. En consecuencia fui expulsado. Raúl Alcorcón no volvió a molestarme, el pánico se apoderaba de su ser cada vez que me miraba. Sus amigos dicen que veía en mí el rostro de la muerte.

Pero ante la posibilidad de que fuera cierto, me preguntó: ¿por qué temer a la muerte?, si es lo único que tenemos seguro...